

que sienten los niños por todo lo extraordinario, y lo constituyó en palafrenero suyo, enseñándole á cuidar los caballos con la atención y escrupulosidad con que acostumbran á hacerlo los ingleses. Lorenza reconoció en él el deseo de obrar bien, inteligencia y ausencia de todo cálculo; estudió su naturaleza y encontró en ella una abnegación no desprovista de talento ni de nobleza; aquel joven no concebía la recompensa, y su ama cultivó aquella alma aún tan joven, la hizo buena para él, buena con grandeza, se la atrajo mostrándole cariño, y pulió su naturaleza medio salvaje, sin quitarle por eso su frescura y su sencillez. Cuando Lorenza tuvo pruebas suficientes de la fidelidad casi canina que ella había alimentado, convirtió á Gothard en su ingenioso é ingenuo cómplice. El aldeanito, de quien nadie podía sospechar, iba á veces de Cinq-Cygne hasta Nancy, y volvía, sin que nadie supiese que había abandonado el país. Practicaba todas las astucias empleadas por los espías. La excesiva confianza que le había hecho concebir su dueña no alteraba para nada su naturalidad. Gothard, que poseía á la vez la astucia de las mujeres, el candor del niño y la atención constante del conspirador, ocultaba estas admirables cualidades bajo la capa de la profunda ignorancia y torpeza de los campesinos. Este hombrecito parecía necio, débil y torpe; pero una vez en campaña, era ágil como una ardilla, se evadía como una anguila, comprendía, como los perros, con una mirada, y olfateaba el pensamiento. Su carota redonda y encarnada, sus ojos negros y parados, sus cabellos cortados como los de los aldeanos, su traje, su atrasado crecimiento, le daban la apariencia de un niño de diez años. Bajo la protección de su prima, que, desde Strasburgo hasta Bar-sur-Aube, vigiló por ellos, los señores de Hautesserre y de Simeuse, acompañados de otros varios emigrados, llegaron por Alsacia, Lorena y Champaña, mientras que otros conspiradores, no menos valerosos, entraban en Francia por la parte de Normandía. Vestidos de obreros, los de Hautesserre y los Simeuse habían marchado de bosque en bosque, guiados de trecho en trecho por personas escogidas hacia ya tres meses en cada departamento por Lorenza entre las

gentes más adictas á los Borbones y menos sospechosas. Los emigrados dormían á la intemperie y andaban durante la noche. Cada uno de ellos llevaba dos soldados adictos, de los que el uno iba delante descubriendo el terreno y el otro permanecía detrás para proteger la retirada en caso de sorpresa. Gracias á estas precauciones militares, este precioso destacamento había llegado felizmente al bosque de Nodeme, señalado como punto de cita. Otros veintisiete hidalgos entraron también por Suiza y atravesaron Borgoña, siendo guiados hacia París con precauciones análogas. El señor de Riviere contaba con quinientos hombres, de los cuales cien eran nobles y formaban la oficialidad de este batallón sagrado. Los señores de Polignac y de Riviere, cuya conducta como jefes fué excesivamente notable, guardaron un impenetrable silencio respecto á los cómplices que no fueron descubiertos. Así es que puede decirse hoy, de acuerdo con las revelaciones hechas durante la Restauración, que Bonaparte no conoció toda la extensión de los peligros que corrió entonces, y que Inglaterra no conocía el peligro en que la ponía el campo de Bolonia, á pesar de que en ningún tiempo hubo policía más diestra ni más hábilmente dirigida. En el momento en que empieza esta historia, un cobarde, como los que se encuentran siempre en las conspiraciones que no están limitadas á un corto número de hombres de igual rango y poder, un conspirador, amenazado de muerte, hacía indicaciones, felizmente insuficientes en cuanto á su extensión, pero bastante precisas por lo que afectaba al objeto de la empresa. Así es que, como había dicho Maligno á Grevin, la policía vigilaba á los conspiradores dejándolos en libertad, á fin de descubrir todas las ramificaciones del complot. No obstante, el gobierno tuvo que obrar obligado por Jorge Cadoudal, hombre de acción, que no tomaba consejos de nadie y que se había escondido en París con veinticinco chuanes para atacar al Primer Cónsul. Lorenza estaba animada por los sentimientos contrarios de odio y de amor. Derribar á Bonaparte y traer á los Borbones ¿no equivalía á recuperar Gondreville y hacer la fortuna de sus primos? Estos dos sentimientos bastan, á los veintitrés años sobre

todo, para desplegar todas las facultades del alma y todas las fuerzas de la vida. Hacía ya dos meses que Lorenza parecía más hermosa á los habitantes de Cinq-Cygne de lo que les había parecido nunca. Sus mejillas se habían vuelto encarnadas y la esperanza daba á veces arrogancia á sus movimientos. Pero cuando se leía delante de ella la *Gaceta* de la noche y cuando oía comentar los actos conservadores del Primer Cónsul, bajaba los ojos para que nadie pudiese leer en ellos la amenazadora certeza de la caída próxima de este enemigo de los Borbones. Nadie en el castillo sospechaba que la joven condesa hubiese vuelto á ver á sus primos la noche anterior. Los dos hijos de los señores de Hauteserre habían pasado la noche en el mismo cuarto de la condesa, bajo el mismo techo de sus padres, pues Lorenza, para no inspirar sospechas, después de haberse acostado los dos Hauteserre, entre una y dos de la mañana, fué á unirse con sus primos en el lugar de la cita y los llevó al centro del bosque, ocultándolos allí en una cabaña abandonada. Segura de volver á verlos, no dió muestras de alegría, y nada denotó en ella las emociones de su larga espera; finalmente, permaneció impassible y supo borrar las huellas del placer que le ocasionaba el volver á verlos. La bonita Catalina, la hija de su nodriza y Gothard estaban en el secreto y amoldaron su conducta á la de su ama. Catalina tenía diez y nueve años. A esta edad, como á la de Gothard, una joven es fanática y se deja cortar el cuello sin decir una palabra. Respecto á Gothard, con sentir el perfume que la condesa ponía en sus cabellos y en sus ropas, hubiese tenido bastante para sufrir el tormento más extraordinario sin hacer declaración alguna.

En el momento en que Marta, advertida de la inminencia del peligro, se dirigió como una sombra hacia la brecha indicada por Michú, el salón del palacio de Cinq-Cygne ofrecía el espectáculo más apacible. Sus habitantes estaban tan lejos de sospechar la tormenta próxima á desencadenarse sobre sus cabezas, que su actitud hubiese movido á compasión á cualquiera que hubiese conocido su situación. En la elevada chimenea, adornada con un trumó, cuya parte superior del marco figuraba unas pastoras que bailaban con cestitas en

la mano, brillaba uno de esos fuegos como se hacen únicamente en los castillos próximos á los bosques. En el rincón de esta chimenea, en una gran poltrona cuadrada, de madera dorada, tapizada con magnífica seda verde, la joven condesa permanecía en esa actitud que suelen tomar las personas agobiadas por la fatiga. Vuelta á las seis de la tarde de los confines de la Brie, después de haber explorado el campo delante de la tropa á fin de hacer llegar sin contratiempo á los cuatro hidalgos á la madriguera, donde debían hacer la última parada antes de ir á París, había encontrado á los señores de Hauteserre acabando de comer. Impulsada por el hambre, se había puesto á la mesa sin quitarse su amazona llena de barro, ni sus zapatos. En lugar de desvestirse después de comer, se había sentido de tal modo agobiada por el cansancio, que había recostado su hermosa cabeza provista de mil rubios bucles en el respaldo de la inmensa poltrona, apoyando los pies en un taburete que tenía delante. El fuego secaba el barro de su amazona y el de sus zapatos. Sus guantes de piel de gamo, su sombrerito de castor, su velo verde y su látigo, estaban sobre la consola en que ella los había dejado. Miraba tan pronto el viejo reloj, que se encontraba sobre la chimenea entre dos candelabros con flores, para ver, por la hora, si los conspiradores estarían ya acostados, como la mesa del boston colocada delante de la chimenea y ocupada por el señor de Hauteserre y por su mujer, por el cura de Cinq-Cygne y por su hermano.

Aunque estos personajes no figurasen en este drama, sus descripciones tendrían el mérito de representar una de las fases que tomó la aristocracia después de su derrota de 1793. Bajo este punto de vista, la pintura del salón de Cinq-Cygne tiene el sabor de la historia vista por dentro.

El hidalgo, que contaba á la sazón cincuenta y dos años, alto, seco, sanguíneo y de una salud robusta, hubiese parecido hombre vigoroso sin sus dos ojazos de azul claro, cuya mirada anunciaba una extremada sencillez. Terminada en barba de vieja, existía en su cara, entre su barba y su boca, una distancia desmesurada con arreglo á las leyes del dibujo, la cual distancia le daba un aspecto de sumisión que estaba

en perfecta armonía con su carácter, el cual era denotado así mismo por los menores detalles de su fisonomía. Su cabellera gris, aplastada por su sombrero, que llevaba puesto casi todo el día, formaba un casquete sobre su cabeza, dibujando el piriforme contorno de ésta. Su frente, que la vida del campo y sus continuas inquietudes habían surcado de arrugas, era achatada y sin expresión. Su nariz aguileña realzaba un poco su rostro, y el único indicio de fuerza que se veía en él, se encontraba en sus tupidas cejas, que conservaban su color negro, y en la viva coloración de su tez; pero este indicio no mentía: el hidalgo, aunque sencillo y afable, tenía fe monárquica y católica, y ninguna consideración le hubiese hecho cambiar de partido. Este hombre se hubiera dejado coger, no hubiese disparado contra los municipales y hubiese ido sin resistencia al patíbulo. Sus tres mil libras de renta vitalicia, su único recurso, le habían impedido emigrar. Obedecía, pues, al gobierno de hecho, sin dejar por eso de amar á la familia real y de desear su restablecimiento; pero se hubiese negado á comprometerse tomando parte en alguna iniciativa á favor de los Borbones. Perteneía á esa porción de realistas que se acordaban eternamente de que habían sido golpeados y robados, y que, desde entonces, han sido mudos, económicos, rencorosos, débiles é incapaces de ninguna abjuración ni de ningún sacrificio; dispuestos á saludar á la monarquía triunfante, amigos de la religión y de los sacerdotes, pero resueltos á soportar todas las vejaciones de la desgracia. Esto no es tener una opinión, sino ser testarudo. La acción es la esencia de los partidos. Sin alma, pero leal, avaro como un aldeano, y noble no obstante, de modales, atrevido en sus votos, pero discreto en palabras y en acciones, sacando partido de todo y dispuesto á dejarse nombrar alcalde de Cinq-Cygne, el señor de Hauteserre representaba admirablemente á aquellos honrados hidalgos en cuya frente escribió Dios la palabra *polillas*, que dejaron pasar por encima de sus hidalguías y de sus cabezas las tormentas de la Revolución, que se levantaron de nuevo bajo la Restauración, ricos con sus economías ocultas, orgullosos de su adhesión discreta, y que entraron en campaña des-

pues de 1830. Su traje, expresiva envoltura de este carácter, pintaba al hombre y al tiempo. El señor de Hauteserre llevaba una de esas hopalandas, color avellana, con cuello estrecho, que el duque de Orleans había puesto de moda á su vuelta de Inglaterra, y que fueron, durante la Revolución, una especie de transacción entre los terribles trajes populares y las elegantes levitas de la aristocracia. Su chaleco de terciopelo á rayas y floreado, que recordaba los de Robespierre y los de Saint-Just, dejaba ver una chorrera de pequeños pliegues que yacía sobre la camisa. Conservaba el calzón, pero el suyo era de grueso paño azul con hebillas de acero negro. Unas medias de filadiz negras cubrían sus piernas de ciervo, calzadas con gruesos zapatos sostenidos por polainas de paño negro también. Conservaba el cuello de muselina con muchos pliegues, sujeto con un alfiler de oro en la parte de adelante. El buen hombre no creyó nunca hacer eclecticismo político adoptando este traje aldeano al par que revolucionario y aristócrata, y no había hecho más que obedecer inocentemente á las circunstancias.

La señora de Hauteserre, de cuarenta años de edad, y gastada por las emociones, tenía un rostro pasado que parecía poner siempre en actitud de ser retratado; y su cofia de encaje, adornada con capullitos de satén blanco, contribuía especialmente á darle este aire solemne. Se ponía aún polvos, á pesar de su pañoleta blanca, de su bata de seda color de pulga, de mangas lisas y de falda anchísima, triste y último traje de la reina María Antonieta. Tenía la nariz afilada, la barba puntiaguda, la cara casi triangular y unos ojos grises que parecían siempre que acababan de llorar, pero que estaban reavivados un tanto por el poco de colorete que ella usaba. Tomaba tabaco, y, cada vez que lo hacía, tomaba aquellas bonitas precauciones de que tanto abusaron en otro tiempo las cortesanas; todos los detalles de cada toma constituían una ceremonia que se explica con estas palabras: tenía las manos bonitas.

Hacía ya dos años que el antiguo preceptor de los dos Simeuse y amigo del abate de Hauteserre, llamado Goujet, cura de las Mínimas, había tomado como retiro el curato de

Cinq-Cygne por amistad á los Hauteserre y á la joven condesa. Su hermana, la señorita Goujet, que poseía setecientos francos de renta, unía á éstos el escaso sueldo del cura y dirigía la casa de éste. Ni la iglesia ni el presbiterio habían sido vendidos á causa de su escaso valor. El abate Goujet vivía, pues, á dos pasos del castillo, pues el muro del jardín del cura y el del parque eran medianeros en algunos lugares. Dos veces por semana, el abate Goujet y su hermana comían en Cinq-Cygne, adonde iban todas las noches á jugar la partida de boston con los Hauteserre. Lorenza no conocía ningún juego de cartas. El abate Goujet, anciano de cabellos blancos y de rostro blanco como el de una vieja, dotado de una sonrisa amable y de voz dulce é insinuante, hacía ver la insipidez de su carita de muñeca, con una frente que denotaba mucha inteligencia y unos ojos que denotaban mucha astucia. De mediana estatura y bien formado, conservaba el hábito negro á la francesa, llevaba hebillas de plata en el calzón y en los zapatos, medias de seda negra, un chaleco negro sobre el que caía su alzacuello, todo lo cual le daba un gran aire sin quitarle nada de su dignidad. Este cura, que llegó á ser obispo de Troyes cuando la Restauración, acostumbrado por su antigua vida á juzgar á los jóvenes, había adivinado el gran carácter de Lorenza; la apreciaba en todo su valor, y, desde un principio, demostró á aquella joven una respetuosa deferencia que contribuyó mucho á hacerla independiente en Cinq-Cygne y á que la dejasen en libertad la austera anciana y el buen hidalgo, á quienes, según costumbre, era indudable que debía obedecer. Hacía seis meses que el abate Goujet observaba á Lorenza de ese modo particular como lo hacen los sacerdotes, que son la gente más perspicaz del mundo; y, sin saber que aquella joven de veintitrés años pensase en derribar á Bonaparte en el momento en que sus débiles manos desenredaban uno de los galones deshilados de su amazona, la suponía, sin embargo, agitada por un gran desígnio.

La señorita Goujet era una de esas muchachas cuyo retrato se hace en dos palabras, que permiten imaginársela á los menos avispados: pertenecía al género de las grandes

hacaneas. Sabía que era fea y era la primera en reirse de su fealdad, mostrando sus grandes dientes amarillos como su tez y sus huesudas manos. Era buena y estaba siempre alegre. Llevaba el famoso casaquín de antaño, una falda muy ancha y con faltriqueras llenas siempre de llaves, y una cofia con cintas. Había llegado á los cuarenta años demasiado pronto, pero, según decía ella misma, se había parado en ellos hacía ya veinte. Veneraba á la nobleza y sabía conservar su propia dignidad al mismo tiempo que rendía á los nobles todo el respeto y homenajes que se merecían.

Esta compañía había venido muy á tiempo á Cinq-Cygne para la señora de Hauteserre, que no tenía, como su marido, ocupaciones rurales, ni, como Lorenza, el tónico de un odio que la ayudase á soportar el peso de una vida solitaria. De este modo todo había mejorado hasta cierto punto desde hacía seis años. El culto católico restablecido permitía cumplir con los deberes religiosos, que tienen más resonancia en la vida del campo que en ninguna otra parte. Los señores de Hauteserre, tranquilizados con los actos conservadores del Primer Cónsul, habían podido cartearse con sus hijos, tener noticias suyas, no temblar ya por ellos y rogarles que solicitasen ser borrados de la lista para poder volver así á Francia. El Tesoro había liquidado los atrasos de rentas y pagaba regularmente los semestres. Los Hauteserre poseían entonces, á más de sus rentas vitalicias, ocho mil francos de renta. El anciano aplaudía la prudencia de sus previsiones al emplear todas sus economías, unos veinte mil francos, al mismo tiempo que su pupila, ó sea antes del 13 de brumario, el cual hizo subir los fondos, como se sabe, de doce á diez y ocho francos.

Durante mucho tiempo, Cinq-Cygne había permanecido vacío, desnudo y devastado. Por cálculo, el prudente tutor no había querido cambiar su aspecto durante las conmociones revolucionarias; pero, cuando la paz de Amiens, hizo un viaje á Troyes para traer de allí algunos restos de los palacios saqueados, restos que habían sido comprados de nuevo en la tienda de unos prenderos. Gracias á esos cuidados, el salón fué entonces amueblado. Hermosas cortinas de seda

blanca con flores verdes, que provenían del palacio de Simeuse, adornaban las seis ventanas del salón donde se encontraban á la sazón estos personajes. Esta inmensa pieza estaba completamente tapizada con maderas divididas en testers, con marcos de varillas guarnecidas de perlas, decoradas con mascarones en los ángulos y pintadas á dos tonos grises. La parte superior de las cuatro puertas estaba adornada con uno de esos objetos grises que estuvieron de moda en tiempo de Luis XV. El buen hombre había encontrado en Troyes consolas doradas, un mueble tapizado con seda verde, una araña de cristal, una mesa de juego de marquetería y todo lo que podía servir para la restauración de Cinq-Cygne. En 1792, todo el mobiliario del castillo había sido robado, pues el pillaje de los palacios repercutió también en el valle. Cada vez que el anciano iba á Troyes, volvía con algunas reliquias del antiguo esplendor; ya una hermosa alfombra como la que cubría el suelo del salón, ó ya un juego de vajilla ó de antigua porcelana de Sajonia y de Sevres. Hacía seis meses que se había atrevido á sacar los cubiertos de plata de Cinq-Cygne, que el cocinero había enterrado en una casita perteneciente á sus amos y situada al extremo de uno de los grandes arrabales de Troyes.

Este fiel servidor, llamado Durieu, y su mujer, habían seguido siempre la suerte de su joven amo. Durieu era el factotum del castillo, así como su mujer era la que hacía las labores más pesadas de la casa. Durieu tenía, para que le ayudase en la cocina, á la hermana de Catalina, á quien enseñaba su arte, y que se estaba haciendo una excelente cocinera. Un anciano jardinero, su mujer, su hijo, que trabajaba á jornal, y su hija, que servía de vaquera, completaban el personal del castillo. Hacía ya seis meses que la mujer de Durieu había hecho construir en secreto una librea con los colores de Cinq-Cygne para el hijo del jardinero y para Gothard. Aunque recibió una fuerte reprimenda del hidalgo por su imprudencia, se dió el gusto de ver servida la comida casi como antaño, el día de san Lorenzo, con motivo de la fiesta onomástica de su señorita. Esta penosa y lenta restauración de las cosas constituía la alegría de los

señores de Hautesserre y de los Durieu. Lorenza sonreía al ver aquellas cosas que ella llamaba puerilidades. Pero el honrado Hautesserre pensaba también en las cosas importantes, y así reparaba los desperfectos del edificio, reconstruía muros y hacía plantaciones en todos los sitios en que veía probabilidades de hacer brotar un árbol, sin dejar abandonado una pulgada de terreno. El valle de Cinq-Cygne lo consideraba como un oráculo en materia de agricultura. Había sabido recuperar cien fanegas de terreno, no vendido, sino incluido y confundido por el ayuntamiento entre sus tierras, y las había convertido en praderas que servían para alimentar el ganado del castillo, cercándolas con álamos que hacía ya diez años que crecían que era una maravilla. Tenía intención de comprar algunas tierras más y de utilizar todos los compartimientos contiguos al castillo, haciendo con ellos una segunda quinta que se proponía administrar por sí propio.

Hacía ya dos años que la vida era, pues, casi feliz en el castillo. El señor de Hautesserre salía al amanecer, iba á vigilar á sus obreros, pues siempre tenía gente que trabajaba por su cuenta, volvía á almorzar, montaba después en una jaquita para dar una vuelta por sus tierras como si fuera un guarda, y, á la caída de la tarde, volvía á comer y acababa el día con la partida de boston. Todos los habitantes del castillo tenían sus ocupaciones, y la vida en él era tan metódica como la de un convento. Lorenza era la única que la turbaba con sus viajes repentinos, con sus ausencias, á las que la señora de Hautesserre daba el nombre de fugas. Sin embargo, existían en Cinq-Cygne dos políticas, causa de discusión. En primer lugar, Durieu y su mujer estaban celosos de Gothard y Catalina, que hacían vida más íntima con su joven dueña, el ídolo de la casa. Además, los dos Hautesserre, apoyados por la señorita Goujet y por el cura, querían que sus hijos y los gemelos de Simeuse volvieran y tomaran parte en la dicha de aquella apacible vida, en lugar de vivir penosamente en el extranjero. Lorenza era contraria á esta odiosa transacción, y representaba el realismo puro, militante é implacable. Los cuatro ancianos, que no querían de

ningún modo comprometer su existencia feliz, ni aquel rincón de tierra que habían logrado salvar de las furiosas aguas del torrente revolucionario, procuraban convertir á Lorenza á sus prudentes doctrinas, comprendiendo que su opinión contribuía mucho á la resistencia que sus hijos y los dos Simeuse oponían á volver á Francia. El soberbio desprecio de su pupila espantaba á aquellas pobres gentes, que no se engañaban al temer lo que ellos llamaban una *testarudez*. Esta discusión estalló cuando la explosión de la máquina infernal de la calle de Saint-Nicaise, que fué la primera tentativa hecha contra el vencedor de Marengo, después de su negativa á tratar con la casa de Borbón. Los Hauteserre consideraron como una dicha el que Bonaparte hubiese escapado á aquel peligro, creyendo que los republicanos eran los autores de aquel atentado. Lorenza lloró de rabia al saber que el Primer Cónsul se había salvado. Su desesperación pudo más que su disimulo habitual y acusó á Dios de hacer traición á los hijos de san Luis.

—Yo no hubiera errado el golpe, exclamaba. ¿No hay derecho para atacar á los usurpadores por todos los medios posibles? dijo al abate Goujet al observar la profunda admiración que sus palabras produjeron en todos los rostros.

—Hija mía, respondió el abate Goujet; la Iglesia ha sido muy atacada y vituperada por los filósofos, por haber sostenido en otro tiempo que se podían emplear contra los usurpadores las armas que éstos habían empleado para usurpar; pero hoy, la Iglesia debe demasiado al Primer Cónsul, para no protegerlo y condenar esta máxima, debida, por otra parte, á los jesuitas.

—¡De modo que la Iglesia nos abandona! respondió ella con aire sombrío.

Desde este día, siempre que estos cuatro ancianos hablaban de someterse á la Providencia, la joven condesa abandonaba el salón. Hacía algún tiempo que el cura, más diestro que el tutor, en lugar de discutir los principios, hacía resaltar las ventajas materiales del gobierno consular, no tanto para convertir á la condesa, como para sorprender en sus ojos expresiones que le diesen á conocer sus proyectos. Las

ausencias de Gothard, las múltiples correrías de Lorenza, su preocupación que, de algunos días á aquella parte, se echaba de ver en su rostro, y, finalmente, una multitud de pequeños detalles que no podían pasar desapercibidos en medio del silencio y de la tranquilidad de la vida de Cinq-Cygne, sobre todo para los ojos inquietos de los Hauteserre, del abate Goujet y de los Durieu, todo había despertado los temores de aquellos realistas sometidos. Pero como ningún acontecimiento se producía, y como reinaba la tranquilidad más perfecta hacía ya unos días, la vida del castillo volvió á hacerse apacible. Todos atribuían las correrías de la condesa á su pasión por la caza.

Cualquiera puede imaginarse el silencio que reinaría en el parque, en los patios y en el exterior, á las nueve de la noche, en el castillo de Cinq-Cygne, donde en este momento las personas y las cosas descansaban de las fatigas del día, donde reinaba la paz más profunda, donde la abundancia empezaba á sentirse, y cuando el bueno y prudente hidalgo esperaba convertir á su pupila á su sistema de obediencia por la continuidad de los felices resultados que daba. Estos realistas continuaban jugando al boston, que extendió por toda Francia las ideas de independencia bajo una forma fría, que fué inventado en honor de los insurrectos de América, y cuyos términos recuerdan la valerosa lucha por Luis XVI. Al mismo tiempo que hacían *independencias* ó *miserias*, observaban á Lorenza, la cual, vencida en breve por el sueño, se durmió conservando en sus labios una sonrisa de ironía; su último pensamiento había abrazado el cuadro apacible de aquella mesa, donde dos palabras, que hubiesen notificado á los Hauteserre que sus hijos habían dormido la noche anterior bajo su techo, podían producir el más vivo terror. ¿Qué joven de veintitrés años no hubiese estado orgullosa, como Lorenza, de crearse una posición, y no hubiera hecho, como ella, un ligero movimiento de compasión por aquellos á quienes veía tan por debajo de ella?

—Duerme, dijo el abate. Nunca la he visto tan cansada.

—Durieu me ha dicho que su yegua está medio reventada, repuso la señora de Hauteserre. Su escopeta no ha sido

usada, pues el cañón está limpio, y se deduce de aquí que no ha ido de caza.

—¡Ah, diantre! eso sí que es lo de menos, repuso el cura.

—¡Bah! exclamó la señorita Goujet. Cuando yo tenía veintitrés años y me veía condenada á permanecer soltera, también corría y me cansaba como ella. Comprendo que la condesa se pasee por el jardín sin pensar en cazar. Pronto va á hacer doce años que no ha visto á sus primos, á quienes tanto ama; miren ustedes, si yo estuviese en su lugar, si yo fuese como ella, joven y bonita, me hubiera ido de una sola tirada hasta Alemania. No me extraña que la pobrecilla se sienta atraída hacia la frontera.

—¡Qué lista anda usted, señorita Goujet! dijo el cura á su hermana sonriendo.

—No, repuso ella; pero como veo que se inquietan ustedes por las idas y venidas de una joven de veintitrés años, las explico.

—Sus primos volverán, y ella se encontrará rica y acabará por calmarse, dijo el bueno de Hauteserre.

—¡Dios lo quiera! exclamó la anciana dama cogiendo su tabaquera de oro, que desde el establecimiento del Consulado perpetuo había vuelto á ver el día.

—Algo ocurre de nuevo en el país, dijo Hauteserre al cura. Maligno está desde ayer por la noche en Gondreville.

—¡Maligno! exclamó Lorenza despertándose al oír este nombre, á pesar de su profundo sueño.

—Sí, repuso el cura; pero vuelve á marchar esta noche, y todo el mundo se pierde en conjeturas acerca del objeto de este precipitado viaje.

—Ese hombre, dijo Lorenza, es el mal genio de nuestras dos casas.

La joven condesa acababa de soñar con sus primos y con los dos Hauteserre, y los había visto amenazados. Sus hermosos ojos perdieron su brillo al pensar en los peligros que aquéllos corrían en París, y, levantándose de pronto, se fué á su habitación sin decir nada. Ocupaba en el castillo el cuarto de honor, al lado del cual había un gabinete y un

oratorio, situado en la torrecilla que daba al bosque. Apenas hubo dejado el salón, cuando los perros ladraron, se oyó llamar á la reja, y Durieu se presentó asustado en el salón, diciendo:

—Aquí está el alcalde; algo ocurre de nuevo.

Este alcalde, antiguo piquero de la casa Simeuse, iba algunas veces al castillo, donde, por política, los Hauteserre le demostraban gran deferencia, con lo que él se consideraba muy honrado. Este hombre, llamado Goulard, se había casado con una rica tendera de Troyes, cuyos bienes se encontraban en el distrito de Cinq-Cygne, bienes que él había aumentado con la adquisición de las tierras de una rica abadía, en la que empleó todas sus economías. La vasta abadía de Val-des-Preux, situada á un cuarto de hora del castillo, era una residencia casi tan espléndida como Gondreville, y donde el alcalde y su mujer figuraban como dos ratas en una catedral.

—Goulard, has sido muy goloso, le dijo riéndose la señorita la primera vez que lo vió en Cinq-Cygne.

Aunque era muy adicto á la Revolución y la condesa le acogía fríamente, el alcalde se creía obligado á respetar á los Cinq-Cygne y á los Simeuse. Así es que cerraba los ojos á todo lo que pasaba en el castillo. Llamaba él cerrar los ojos, á no ver los retratos de Luis XVI, de María Antonieta, de los hijos de Francia, de Monsieur, del conde de Artois, de Cazales y de Carlota Corday, que adornaban los testers del salón, y el no encontrar malo el que se desease, en su presencia, la ruina de la República y el que se burlasen de los cinco directores y de todas las combinaciones de entonces. La posición de este hombre, que, una vez hecha su fortuna y como otros muchos advenedizos, volvía á creer en las antiguas familias y que quería relacionarse con ellas, había sido aprovechada por los dos personajes, cuya profesión adivinó tan pronto Michú, y que, antes de ir á Gondreville, habían explorado el país.

El hombre de las hermosas tradiciones de la antigua policía y Corentín, este fénix de los espías, llevaban una misión secreta. No se engañaba Maligno al atribuir un papel